

En el sexto piso de aquel edificio donde todos trabajaban estaba yo, sentado en la oficina 4 de "Atención al cliente", tratando de hacerle entender a esa terca anciana que su seguro de auto no cubría daños por granizo, cuando un sonido me distrajo de la estúpida discusión. Era el teléfono, que sonó un par de veces antes de que yo estirara el brazo para contestar. Pero mi compañero de oficina, que siempre fue más rápido que yo, ya había tomado el aparato y lo sostenía pegado a su oreja. Alcancé a escuchar una voz ronca: "Señor Bulicetti, lo solicito en mi oficina. Ahora." Sin duda era el jefe de administración de nuestro sector. Mi compañero alcanzó a dirigirme una mirada burlona antes de desaparecer por el pasillo. A la media hora regresó, con una expresión triunfante en su rostro, y temí por mi vida. Despedí a la anciana y casi la obligué con amistosos empujones a salir de la oficina. Al retirarse ella, Ricardo Bulicetti esperó que volviera a sentarme para decirme con una voz desafiante: "Me ascendieron Toni. Vamos a ver si mañana venís en una pieza o si la próxima vez que te vea va a ser consolando a tu linda esposa en un funeral".

Entre preocupaciones y miedos, se me hicieron las doce y media, hora de almorzar, o de morir. Nunca debí haber hecho esa estúpida apuesta. Maldigo ese día en que acepté la propuesta de Ricardo: el que perdiera, es decir, el que no obtuviera el esperado ascenso, debería caminar alrededor de la azotea del edificio, del lado de afuera de la pared que separa un cómodo patio de un vacío mortal.

A la hora acordada subimos lentamente las escaleras hacia la terraza. Ricardo iba detrás de mí, pero no me apuraba, nunca apuran a los condenados a muerte. Llegamos a la azotea y nos paramos junto al imponente muro. Bulicetti me dijo con una sonrisa que me pareció casi diabólica: "Dale Toni, nos vemos del otro lado".

Trepé no sin esfuerzo la pared de dos metros, me senté en ella y me asomé: un millón de diminutos puntitos de colores eran los autos. Un mareo repentino me hizo aferrarme más firmemente a la pared.

Ignorando mis instintos me bajé del muro hacia el lado de afuera, poniendo las puntas de mis zapatos en la pequeña saliente de cinco centímetros que sería mi único sostén durante toda la travesía infernal. Apoyé todo mi cuerpo contra la pared para no perder el equilibrio y comencé a avanzar hacia mi derecha, de costado, calculando cada movimiento. Mis lustrosos zapatos de cuero me quedaban uno o dos números más grandes, lo que me dificultaba pisar con firmeza. Cambié la táctica y puse los pies paralelos a la pared para aumentar la superficie que pisaba. Llegué a la primera esquina, y con mucho cuidado y movimientos como los de un perezoso, la pasé. Continué unos cuantos metros más y también superé la segunda y la tercera esquina, mientras una creciente esperanza de victoria me impulsaba.

Me faltaban unos metros para llegar al punto de partida, cuando me percaté de que la disposición de la tapia que estaba recorriendo era de norte a sur. Como si la naturaleza obedeciera mis pensamientos, una ráfaga de viento me dio de lleno, y aunque perdí y recuperé el equilibrio en el mismo instante, mi pulso se disparó tan fuertemente que creí que mi corazón saldría expulsado de

mi pecho. Los últimos pasos los hice prácticamente adherido con uñas y dientes al muro de concreto.

Llegué al lugar donde había comenzado la infame aventura, di toda la maldita vuelta. Mientras pensaba cómo me burlaría de Ricardo, estiré los brazos hacia arriba y dando un salto casi acrobático me agarré del borde de la pared. Cuando comenzaba a izarme hacia la salvación, un agudo dolor de martillazo sacudió mis dedos y me solté involuntariamente. El terror me invadió, pero al mismo tiempo un reflejo de supervivencia dirigió mis dedos sangrantes para que se engancharan en la diminuta saliente. “Mis manos magulladas no van a resistir”, pensaba tranquilo de saber que todo terminaría pronto, cuando vi unos ojos amarillos que me observaban desde arriba. El gato fue el único que lo vio. El pulgoso felino negro del vecindario fue el único testigo de la certera jugada de Ricardo y que acabaría con mi vida. Maulló lastimosamente como queriendo decir: “Soltate flaco, todo terminó”. Le hice caso, y caí sentado en el balcón del piso de abajo.

Instrucciones para realizar prácticas de socialización barrial

Simón P. G.

Después de las tareas hogareñas y antes de que su marido vuelva de su trabajo seguramente hallará tiempo libre para un poco de socialización barrial.

Observe por la ventana si su vecina se encuentra en casa. Si es así, tome una torta, pastel, galletas, tortas fritas, pastelitos o cualquier bocadillo (preferentemente dulce) previamente preparado o comprado y cruce la calle. Toque la puerta o timbre y salude amablemente a su vecina. Si el esposo de ella se encuentra en casa, regale los bocadillos y retírese. En cambio, si no está, su vecina seguramente la invitará a pasar y tomar asiento. Acepte. Deje que prepare la mesa para el té o mate antes de colocar los bocadillos sobre la mesa. Iniciar la conversación hablando del clima o de cualquier otra cosa interesante. Si ésta se torna pausada o aburrida, sáquele el cuero al vecino gruñón de la esquina o al ladrón del almacenero gringo. Asegúrese de que una persona no sea amiga o pariente de su vecina antes de hablar mal sobre ésta persona. También es recomendable que le pida consejos sobre algo (mejor si es sobre moda y ropa). De esa manera, su vecina se sentirá valorada. Si la conversación se detiene por unos minutos, invente una excusa para terminar la visita y retírese.

Nota: nunca anunciar la visita, ya que con la cotidianeidad de esta actividad, se volverá usual y no necesitará un acuerdo previo.

De color negro

M. Agustina Z.

Decidí pasar unos días fuera de la ciudad, recién comenzaban las vacaciones de invierno y el trabajo me tenía agotada, necesitaba estar lejos de todo, solo buscaba mi tranquilidad.

Alquilé una casa lo suficientemente espaciosa para mí. El paisaje era pacífico y solitario. Pájaros, árboles muy altos, el color verde intenso de la flora, el sonido del río y el misterio de ese bosque. Un lugar perfecto para mí.

Hacía frío, estaba todo muy oscuro y silencioso. Llovía. El sonido de los truenos retumbaba en los vidrios de las ventanas y no podía dormirme. Me senté en la cama y me acordé que en mi valija tenía revistas de crucigramas. Las saqué, regresé a la cama y comencé a resolverlos. Al terminar, bajé por una taza de chocolate, tenía hambre, saqué galletas y me fui a sentar al sillón, cerca de la ventana.

Podía observar cómo los relámpagos iluminaban la noche y cómo la lluvia formaba grandes charcos en la entrada de la casa. Pasé horas y horas ahí sentada, mirando a través de la ventana.

Una luz potente me despertó. Era el sol. Me levanté, tomé la taza ya vacía y me dirigí a la cocina, tomé un buen desayuno y subí a darme una ducha.

Tenía ganas de conocer ese lugar tan llamativo. Me abrigué y fui a rondar por el parque. Durante el recorrido pude conocer numerosas especies, tanto de plantas como animales. Se podía apreciar el sonido de las aves, sentir la frescura de los árboles y el olor característico del lugar. Hice una pausa, observé a lo lejos una gran piedra a la orilla del río y fui a sentarme en ella. Como de pequeña, agarré un par de piedras y jugaba con ellas tirándolas al agua. Después de un rato, regresé a la casa.. Al llegar, pude ver al pie de la puerta una pequeña y delicada flor negra. Me preguntaba quién la habría dejado allí, ya que la casa en la que yo estaba, era la única del lugar. Pero la duda me duró apenas unos segundos, porque la recogí y entré en la casa.

Al llegar la noche, se me vino a la cabeza otra vez lo sucedido a la mañana.

Ya dentro de mi habitación, me encontré con la sorpresa que sobre la mesita de luz había una segunda flor negra. No quería darle mucha importancia a lo que estaba ocurriendo pues no quería asustarme, así que creí que era mejor dormirme. Pero al intentar descansar, las flores que habían aparecido en la casa, provocaban que no pudiese hacerlo. Acostada, mirando el techo, no pegué un ojo en toda la noche.

¿Qué podía ser? ¿De dónde vendrían esas flores? ¿Había alguien oculto en el lugar? No lo sé.

Se hizo de día, me serví mi taza de café muy cargada, lo necesitaba. Dejé la taza en la mesa y regresé a la cocina por unas tostadas, al sentarme junto a la mesa logré ver que sobre esta había una tercera flor negra, pero a diferencia de las dos anteriores, esta venía acompañada por un papel atado a su tallo que decía "al final del bosque". El temor me invadió de inmediato. Ya no era solo una idea dando vueltas en mi cabeza, sino que ahora ya era miedo.

No perdí tiempo, agarré el abrigo y fui en busca de ese final.

Llovía mucho y el día estaba muy frío, el suelo estaba muy blando y mis pies se enterraban en él. Caminé durante tres horas hasta llegar al muro muy alto, pero no podía pasar hacia el otro lado. Buscaba una salida, una puerta o algo que me permitiera cruzar hacia el otro lado. De repente la lluvia paró y en ese instante cayó del cielo algo muy pequeño. Era una cajita negra, diminuta y liviana como un papel.

Al tomar la caja entre mis manos, del otro lado del muro se sintió el grito desgarrador de una mujer desesperada. Pedía ayuda. Estaba en problemas.

El muro comenzó a desvanecerse.

Detrás de esa muchacha, un ser negro y extraño la atacaba por la espalda. Pude sentirlo. Pude verlo.

Eso que resultaba ser un muro parecía ser una especie de espejo.

Y lo era... esa sombra era la muerte, esa flor era mi luto, esa caja era otro mundo y esa mujer... era YO.

Camino a la escuela

Elizabeth M.

Un cronopio sale de su casa para ir a la escuela, rápido debido a que iba a llegar justo. Cuando iba camino hacia allá, se acordó que tenía prueba y no había estudiado, decidió sacar de la mochila el cuaderno para ir estudiando. Se quiso sacar la mochila, pero se dio cuenta que no la tenía, se la había olvidado. Tuvo que regresar a su casa a buscarla, pensando lo distraído que era. Buscó su mochila y refunfuñando salió corriendo para no perder el colectivo, de última estudiaba en el viaje. Llegando a la parada vio pasar el colectivo. Pegando una patada al piso y tirando la mochila maldiciendo quién sabe a quién. Cuando tiró la mochila sintió un fuerte “crack”..., la abrió y vio la maqueta que le había metido ahí su mamá para el día siguiente... Decidió esperar el colectivo mientras estudiaba. Luego de veinte minutos, llegó, repleto de gente y otros cronopios. Se subió a los insultos y de mala gana, como olvidó pagar su pasaje, lo hicieron bajar. Por suerte la escuela estaba a seis cuadras, así que salió corriendo. Una vez que llegó, no vio a nadie, buscó a la preceptora y ésta le informó que hoy no había clase, que lo habían dicho ayer, cuando llegó tarde.

La cita

Elizabeth M.

Había salido a pasear por el parque, llevando consigo su novela favorita y una pequeña botella de agua. Su caminata solitaria resultaba agradable, pero a la vez un poco perturbadora... sin darse cuenta iba anocheciendo. Su caminata empezaba a aminorar el paso. En el parque distinguió un pequeño banco con un farol al costado, perfecto para sentarse a leer sin perturbar su vista. Se sentó y sacó sus lentes de lectura y se los puso delicadamente debido a una pequeña rotura en la patilla. Estaba en frente de la laguna del parque, observando y alimentando a los patos y peces que había allí, estaba oscuro, sacó sus lentes nuevos y se los puso, empezando una pequeña caminata, esperando a alguien, ese alguien lo había citado en el parque a las 20.30 hs y ya eran las 21. 15 y no aparecía. Pensó que se había confundido el lugar de encuentro, pero tampoco decidió moverse por miedo a que haya un desencuentro. Su lectura empezaba a abrumarlo, había llegado al momento dramático, vio a su alrededor y varias personas estaban apurando el paso para llegar temprano a sus casas. Eran ya las 21.45, tenía sed, mucha sed, sacó su botella, la destapó y tomó. Estaba asustado, era tarde y no se presentaba el citador anónimo, dio pequeñas vueltas cerca del punto de encuentro, alrededor de diez minutos duraron las vueltas. Decidió irse a su casa, era muy tarde y nadie iba a presentarse, de pronto un ruido lo escandalizó, era como una pisada de ramas, alguien se acercaba, se quedó quieto rogando que no sucediera una desgracia que acabara con su vida. La novela empezaba a divertirle, pero decidió terminar un capítulo, la historia estaba atrapante, estaban por atacar al protagonista, su lectura lo maravillaba, de pronto sintió una puntada en el corte que se había producido al lado de la oreja izquierda, el mismo lugar donde a unos centímetros de su cara estaba la rotura de la patilla, el lente quedaba impresentable con el cintex que juntaba los pedazos que se rompieron, debido al golpe sin querer de su sobrino con una piedra. El lugar seguía oscuro, vio una sombra que se acercaba, otro ruido se produjo, pero raramente conocido. Sintió un golpe en el costado izquierdo de la cara, como una piedra, empezó a perder el equilibrio, su cabeza daba vueltas, la sangre le corría por la cara, lo único que pudo distinguir es como cómo caían los lentes rotos, sintió que lo agarraban por el saco y lo tiraban a la laguna. Así lo encontró un hombre que pasaba, lo ayudó a salir, no quiso ir al hospital sino directamente a su casa. Agradeció y partió. Al llegar se limpió la sangre, se curó el corte, se dedicó a arreglar los lentes, lo hizo con lo que tenía más a mano: un cintex ubicado en el escritorio de al lado. Su cabeza le martilleaba y decidió acostarse, para distraerse leyó su novela favorita tratando de calmar el dolor y así se durmió, con la novela entre sus manos, un corte y los lentes rotos depositados delicadamente en la mesa de luz.

Mi nana

Luciana E.

Sonó el despertador, abrió los ojos y miró hacia la pequeña mesa de algarrobo que estaba a su izquierda. Las agujas del reloj marcaban las ocho y media. Faltaba todavía media hora para que sonara, claro, el sonido provino de su teléfono celular, no del despertador. Agarró el aparato, era Laura, su amiga. “Feliz cumpleaños Betty, nos vemos enseguida”. Había olvidado por completo que era su cumpleaños.

Luego de tomar una caliente y relajante ducha, bebió una taza de leche con chocolate y una rica medialuna hecha por su madre, para los que fueran a visitarla por la tarde. Al ser más temprano de lo normal, decidió irse caminando y no molestar a su padre, pero antes de salir, se despidió de ellos. “No vuelvas tarde, si quieres ver la sorpresa que te tenemos”- dijo su padre, seguido de dieciséis tirones de oreja.

Optó por hacer el camino largo, el corto era muy solitario y por lo tanto más peligroso. Llegó veinticinco minutos más tarde. Lorena, su profe, la recibió con alegría y le dedicó un feliz cumpleaños. Los días sábados, solo asistían a clase tres chicas. Tocar el piano era algo de su mayor agrado desde los cinco años. En sus tiempos libres buscaba melodías para aprenderlas en el instrumento y en los momentos de nervios, hacía la mímica de cuando tocaba y eso la relajaba.

Luego de la clase se dirigió hacia la casa de un compañero, pues le había prometido ayudarlo en una tarea de música. Posteriormente, volvió a su casa. Al llegar, tíos, tías y primos la saludaron cariñosamente, y rápidamente la acompañaron hacia la sala principal. Allí estaba la sorpresa, el piano de sus sueños, el piano tan ansiado por ella.

Esperó a que se fueran todas las visitas y quedarse sola para apreciarlo y observarlo mejor. El gusto por el piano lo había heredado de su abuelo paterno. Poco antes de su muerte, compuso una melodía para Betty, “mi nana”. Era una canción muy especial y la que más le gustaba, así que decidió estrenar su regalo con ésta.

Pasaban los días y cada vez, era más y más el tiempo en que estaba frente al piano. Sus manos se deslizaban sin esfuerzo por las teclas, era como si el cordófono sonara por sí solo.

Su madre le prohibió tocar el instrumento hasta que retomara sus estudios y superara el seis de sus calificaciones. En ese momento, su mundo de alegría, colores y fantasías, se volvió oscuro y aburrido. Para ella, el único momento de entretenimiento y relajación, era el que pasaba con su querido piano. No podía estar sin él.

Una tarde de primavera, debía terminar los deberes que la profesora de literatura les había dado, pero nada le salía bien por el mal humor que poseía. Poco a poco, esto se le fue pasando, al escuchar una melodía muy conocida. El piano tocó su canción preferida. Fue como se le hubiese llegado lo que sentía, por lo que estaba pasando ella e hizo eso para subirle el ánimo.

Sus notas aumentaron, por lo tanto, le devolvieron el permiso para tocar, sin dejar de lado sus tareas; y en los momentos de estrés, el piano reproducía “mi nana”, esa canción tan especial, que le recordaba a su abuelo y hacía que las cosas fueran más fáciles de realizar.

Instrucciones para silbar en la cancha

Luciana E.

Sitúese en los escalones inferiores de ese lugar abierto y amplio. Dirija su vista al frente, hacia el campo verde bordeado por líneas blancas, delimitado por dos rectángulos con algo parecido a una red pescadora, ubicados a dos de sus lados. Tome agua. Asegúrese de que no haya nadie adelante al que pueda llegar a molestar con el sonido, pues esa persona puede darse vuelta y como un mono loco desencadenar una guerra en la cual usted sería la víctima.

Pase el músculo interior de su boca por sus labios, humedeciéndolos. Ahora con la mano derecha o izquierda, en algunos casos, apriete su labio inferior estirándolo hacia al frente.

Llegó el momento en que debe reunir todas sus fuerzas. Aspire y llene de aire sus pulmones, piense que tiene que soplar cien velitas a la vez o que debe inflar un globo, llenándolo en solo soplido. Exhale con toda esa fuerza que juntó y por fin escuchará salir el sonido que tanto esperó. No se asuste si el producto no se asimila a las melodías de Beethoven, el parecido será más a un niño gritando.

Para mantener o producir diferentes ritmos, juegue con el aire y disfrute de oír su silbido al compás de los violines y trompetas, alentando a esos hombres con uniforme llamativos, ubicados en el campo verde que corren desesperadamente detrás de una pelota.

¡Atención! Asegúrese de humedecer sus labios constantemente si desea producir el sonido varias veces.